

2025-2026

# DIAGNÓSTICO PREKARIO DE LA CULTURA NAVARRA



*Informe redactado por:*  
**LABORATORIO DE PRODUCCIÓN  
CULTURAL DE PAMPLONA**

# ÍNDICE

Introducción	1
Tendencias culturales	3
Infraestructuras a la espera	4
El eventismo Navarro	6
Más cultura o más turismo	8
La cultura autogestionada	9
Balance e hipótesis	11
¿Y las propuestas?	13

Actuación subvencionada por el Ministerio de Cultura

# »»»» INTRODUCCIÓN

En mayo de 2015 el colectivo Cultura Prekaria presentó ¡Más cultura! Un plan de rescate para la cultura en Navarra a los medios e, igualmente, lo trasladó a los partidos políticos del primer gobierno del cambio. 25 propuestas de diversa índole, recogidas tras un proceso participativo popular, entre las que se contaban: buenas prácticas, dirección transparente, criterios sociales de financiación, presupuestos participativos, condiciones laborales dignas, participación, auditoría, descentralización y coordinación, etc., y, como propuesta estratégica:

“creación de una red de centros socio-culturales autogestionados en espacios públicos infrautilizados”. Un ambicioso plan, con aroma al 15M, del que nos hubiéramos conformado con las medidas más conservadoras, ya en práctica en un país normal y no sometido, como la Comunidad Foral de Navarra, a un estado de excepción cultural.

Cultura Prekaria estaba formado por artistas de varias disciplinas y diversas ideologías, unidos por el propósito de alentar la crítica a las políticas culturales de UPN y, al mismo tiempo, conseguir que el cambio cultural fuera atendido por el nuevo gobierno progresista.

A los 100 días del primer gobierno del cambio Cultura Prekaria publicó el artículo Cien días de políticas culturales en Navarra y, casi un año después, ¿Esperando a Godot? 300 días de cultura en Navarra y Pamplona. Ambos, como se puede apreciar por los títulos, de talante crítico y que denunciaban los primeros tics del continuismo y la inacción (también) en el ámbito cultural. Al parecer, un giro radical no era posible, ya que el gobierno liderado por Geroa Bai, apostaba por “el cambio tranquilo”.

Han pasado 10 años y podríamos mantener los mismo reclamos de entonces, lo que nos lleva a una cierta melancolía, teñida de decepción, ya sin esperanza de que cualquier cambio significativo llegue a la cultura en Navarra en el actual ciclo político. En definitiva, podemos afirmar que los gobiernos del cambio no han traído una transformación estructural en las políticas culturales, pues prácticamente ninguna de las propuestas de aquel documento, en principio bien acogido, han llegado a cumplirse.

Podríamos hacer un análisis comparativo sondeando al detalle los presupuestos de Navarra, para comprobar si la partida de cultura aumenta o disminuye, y en que conceptos se reparte. La idea sigue-la-pasta, sin embargo, no puede revelar todo lo que (no) ha pasado. Y menos, cuando nos hemos topado con la falta de transparencia no en algunos datos pero si en su interpretación comparativa.

## »»»» INTRODUCCIÓN

A grandes rasgos, sí, efectivamente, el presupuesto del Departamento de cultura (que incluye Deporte) ha aumentado progresivamente, después de la caída de los últimos tiempos de UPN (en los ejercicios entre 2012 y 2015) y se ha duplicado desde 2015 (43.450.386 €) a 2025 (84.670.560 €), aunque el aumento no tiene mucho mérito, ya que la cantidad de 2025 sigue, por ejemplo, por debajo del máximo presupuestado por UPN en 2011 (95.058.629 €).

En cualquier caso, resulta evidente que la de Cultura sigue siendo el patito feo, una partida secundaria solo por delante de pequeñas cantidades destinadas a Fomento del empleo, Subvención al transporte, Justicia, Investigación, desarrollo e innovación o Política exterior. Y, esta situación anómala, no hay Ley de Mecenazgo (alicorta y tramposa como la nuestra), ni programa Tu eliges, Tu decides, de la extinta (¿añorada?) Caja de Ahorros de Navarra, que lo remedie.

Por ello, lo significativo de las políticas culturales solo aparecerá en la interpretación política de las carencias seculares de la cultura en Navarra que se siguen manteniendo imperturbables, firme el ademán, desde el franquismo y los gobiernos de UPN a los gobiernos del cambio.



# TENDENCIAS CULTURALES

Tradicionalmente se ha considerado que la derecha regionalista navarra, de filiación franquista, a diferencia de la vasca, más ilustrada quizá por mor de reafirmación identitaria del nacionalismo, siempre se ha mostrado reacia al desarrollo cultural.

La cultura en general, y más la CT (Cultura de la Transición) en Navarra, era sospechosa como vector crítico respecto a su status politizado en el posfranquismo y, al mismo tiempo, en tanto en cuanto la cultura navarra era parte de la cultura vasca y, por tanto, considerada agitprop peligrosamente separatista y proterrorista. La derecha regionalista no creía ni confiaba en la cultura, y solo a regañadientes debía cumplir con el expediente cultural de perfil institucional y estricto control ideológico, heredero del franquismo, cuando no entregado a cantar las esencias navarras proyectadas en un esplendoroso futuro, como en aquella magna exposición de 2006 (¡3 millones de euros!) en Baluarte: Navarra. Un futuro entre todos, comisariada por el ínclito exsocialista Víctor Manuel Arbeloa con “lo mejorcito de Navarra y del resto de España”.

Cuando en 2015, con retraso en el juego de alternancia política izquierda-derecha, llegan los gobiernos del cambio, una alianza de conveniencia de partidos de izquierdas y nacionalistas, se abre la tímida expectativa de cambios más profundos, si quiera formales.

No obstante hay que apuntar que, al final de los gobiernos del UPN, algunas instituciones ya se habían hecho eco, tardíamente, de la tendencia en torno a las “industrias culturales” (que pronto degenerarían en el emprendizaje fake de las creative industries). Un concepto despolitizado pero atractivo, especialmente, de cara al desarrollo turístico, como rezaba el logo publicitario, de aquel Reyno de Navarra. Tierra de diversidad.

Asociada a esta tendencia empezaron a aflorar iniciativas, cursillos, proyectos y programaciones no solo en el ámbito institucional sino también en el asociativo que, en el fondo, se conformaban con ‘actualizar’ la cultura navarra de su vergonzante atraso. Pero, lamentablemente, ni siquiera esta expectativa de mínimos llegó a cuajar y menos a materializarse en cuestiones concretas a lo largo de la década de los gobiernos del cambio, más allá de gestos superficiales. Lo cual requiere de una valoración, así como de un cierto examen de conciencia. Para entender la envergadura del fiasco del cambio cultural, podemos analizar algunos ámbitos, los cuales nos ayudarán a constatar ese continuado inmovilismo de la cultura en Navarra tras el fin del régimen franquista bajo los gobiernos de UPN y PSN, perfectamente asumida y normalizada por los gobiernos del cambio.

# INFRAESTRUCTURAS A LA ESPERA

Uno de los reclamos históricos de la cultura en Navarra, en aras a su regeneración, siempre ha sido la creación o consolidación de infraestructuras culturales de carácter público. Más allá de la construcción de casas de cultura, bibliotecas y pequeños museos locales en los municipios más poblados, asociadas al anterior ciclo inmobiliario, hay que constatar que poco ha sido lo que se ha emprendido.

En este sentido, en el ámbito del arte, el Museo de Navarra, la joya de la corona, creado en 1956 y remodelado en 1982, sin embargo, seguía en 2015 anclado en el la cómica rutina de exponer solo 'artistas muertos', emprendió un cambio -que no transformación-, de sus líneas de programación. Esta actitud se constata en su apertura de las exposiciones temporales a artistas contemporáneos vivos o fallecidos pero ajenos al antiguo canon del navarrismo oficial, la reordenación y ampliación de su colección o la tímida mirada crítica de género, como en la exposición Reflexión/Inflexión: Presencia de las mujeres en el Museo de Navarra en 2017, que denunciaba la ausencia de artistas femeninas en el propio museo. Donde, paradójicamente, se advertía que la presencia de mujeres en la exposición permanente era nula y minoritaria en las temporales de carácter individual (19 mujeres frente a 102 hombres). Y eso que la presencia de mujeres en su staff, incluida la dirección era, y es, mayoritaria.

Cambios apreciables, más o menos llamativos pero, hasta cierto punto, cosméticos. Sigue sin haber una mirada contemporánea sobre los conflictos de la institución museística, y ni que decir tiene que permanece ajena a cualquier atisbo de nueva museística crítica como la que representó en el Estado el discurso situado de Manuel Borja-Villel en el Reina Sofía. Así, a merced de la racanería de su presupuesto y atenazado por cierto burocratismo, el Museo de arte de todos los navarros y navarras sigue durmiendo el sueño de los justos, significativamente, sin aire acondicionado en periodo estival y sin una programación regular que lo haga cercano.

Por último, sigue sin cumplir con la expectativa, ya con tintes de leyenda, de que en algún momento, más allá de una exigua cuarta planta dedicada al arte moderno con obra solo de un puñado de 'artistas muertos', y el astuto proyecto de recorrido desde 2019, Todo arte es contemporáneo, o el programa veraniego 9 Soles, se desdoblara en un museo de arte contemporáneo.

A esta situación no es ajena la apertura en 2015 del MUN (Museo Universidad de Navarra), el último tentáculo del Opus Dei y sofisticada coartada cultural de la secretaria Universidad de Navarra, creado en torno a la colección de M.<sup>a</sup> Josefa Huarte, especializado en historia de la fotografía y provista de un ambicioso auditorio que lo mismo programa danza de vanguardia que unas jornadas antiabortistas. Edificado en terreno público y financiado por 25 millones de donaciones privadas, es mantenido, básicamente, por un público cautivo, y permanece ajeno a la realidad cultural y artística de Navarra (lo que quizá, a la postre, no sea tan negativo).

Pero, si ya hay un MUN, ¿qué necesidad habría de un centro de arte contemporáneo de carácter público? Un ejemplo más de la competencia asimétrica entre la universidad privada y la pública, que no ha permitido la implantación de carreras de carácter cultural en la UPNA.

En este contexto, la única esperanza de que la Fundación Oteiza, con su museo en Alzuza, heredada de los gobiernos anteriores de PSN y UPN, representara una alternativa institucional se ha visto diluida, bajo la actual conservadora dirección (más allá del trabajo, meritorio pero insuficiente, en torno a la obra del escultor Oriotarra, como el Catálogo razonado de su escultura, y del proyecto en marcha del Catálogo de sus textos) por una paralizante falta de iniciativa y de apertura real a la creación contemporánea. Su vocación sigue siendo mantener la Fundación como mausoleo votivo dedicado al genio demiurgo, y no como punto de partida de la exigente complejidad creativa que su visión abrió en la sociedad vasca y el arte moderno.





## EL EVENTISMO NAVARRO

Y para remediar la falta de nuevas infraestructuras, ¿qué mejor que rellenar las existentes de programación aparentemente novedosa? En este aspecto, el modelo es el origen y funcionamiento de Baluarte, la bombonera de NICDO (Navarra Impulsa Cultura Deporte Ocio), “sociedad matriz de las empresas públicas de carácter cultural de la Comunidad Foral.” Para calibrar el carácter de NICDO (que incluye además de Baluarte, el estadio Navarra Arena, una Senda Viva endémicamente deficitaria o un Planetario sospechosamente desmantelado) basta con saber que su iniciativa estrella de 2025 es la compra de los 27000 metros cuadrados de las naves de Refena como sede logística del Instituto del Patrimonio Cultural de Navarra, pero, al parecer, solo para almacén de diversas colecciones como los fondos del Museo Etnográfico (décadas en el limbo), del Museo de Navarra (solo 5% de piezas expuestas), del Museo del carlismo (una anomalía reaccionaria) o del Archivo contemporáneo de la Administración foral (pura cultura)... Todo sea por guardar bajo siete llaves las verdaderas esencias forales.

Resulta significativo que el negro y hosco castillete del Baluarte sea el mayor contenedor cultural de Navarra. Lo mismo funciona como palacio de congresos que como espacio para eventos culturales ‘masivos’ de todo tipo. En una comunidad abonada como pocas al eventismo cultural opera como el escaparate perfecto de cualquier gobierno, esto es, del eventismo de foto y canapé que tanto gusta al poder de turno. Pero hay, debía haber, obviamente, algún cambio en ese mismo enfoque. Frente al eventismo religioso del Año Javierano en 2006 o los congresos de la Fundación Arquitectura y Sociedad, iniciados en 2008, tenemos ahora la reedición de los Encuentros de Pamplona, una revisión de concepto anacrónico de los del 72 (como si Pamplona siguiera siendo una isla perdida en el tiempo), generosamente regada con dinero de entidades públicas y privadas, cuya razón de ser, según un responsable, es: “porque el conocimiento genera alegría”. En cualquier caso un evento, incluso menos interesante que aquellos Festivales de Navarra, más modestos, centrados en la cultura de otros países, que se desarrollaban también, como los Encuentros originales, en Ciudadela.

En definitiva, lo que gusta a la institución son eventos de relumbrón, con invitados internacionales, que consumen las energías y los recursos, sin dejar rastro de infraestructura, pero que dan juego en los medios.

Que al lado de la rutinaria programación habitual de música clásica se muestre la exposición anual de los belenes navideños, mientras su gran sala de exposiciones del sótano se abra apenas para espectáculos comerciales como de Van Gogh Alive - The Experience, da la medida de la ambición cultural de Baluarte, como emblema del eventismo cultural de Navarra.

Lamentablemente, habría que añadir que Ciudadela, junto con Condestable, el gran espacio cultural de Pamplona, ha renunciado a su apuesta por Hiriartea, la programación que se inició en el primer gobierno municipal del cambio y fue clausurada por UPN a su regreso a la alcaldía, pero no fue retomada por este segundo gobierno del cambio, liderado de nuevo por EH Bildu. A ambos lados de la pamplonesa Avenida del Ejército, tanto monta, monta tanto Ciudadela como Baluarte: el cambio cultural ni está ni se le espera.

La demostración de que la política cultural del eventismo se agota en gestos vacíos, eso sí, explícitamente políticos para contentar a la galería, son las exposiciones del atrio del propio Parlamento de Navarra, como la dedicada a Palestina libre / Palestina askea y al sindicato LAB, 1974tik etorkizunera, LAB zabaltzen o, más recientemente, Inmatriculaciones, promovida por la Plataforma de Defensa del Patrimonio Navarro, cuando la realidad es que, como señala el artículo matriz de esta iniciativa, 10 años de corralito progre en Navarra: “desde 2015 a la actualidad, el número de bienes inmatriculados ha seguido aumentando, según refleja el listado del Gobierno de Navarra. Hasta el momento no se ha aprobado ninguna medida efectiva orientada a la restitución de los bienes.”



## MÁS CULTURA O MÁS TURISMO

El gran valor intangible de Navarra, rárana en cultura, ha sido su turismo, gracias a su privilegiada situación geográfica como encrucijada paisajística y cultural, fronteriza con Francia, y como parte irredenta de la ancestral Euskal Herria.

Por ello, las (pocas) políticas culturales que triunfan en la Comunidad foral, en gobiernos de un signo u otro, se relacionan con el turismo interno o externo. Desde aquellas campañas turísticas emprendidas con alma de recato folclórico por el entonces ministro del ramo Manuel Fraga hasta la actualidad, el Viejo Reyno es, debe ser, un nicho económico de turismo cultural a explotar.

Una de las políticas que más éxito concitan ha sido la idea de que, como las bicicletas, la cultura es para el verano. De ahí el continuismo de la programación veraniega con los Festivales de Olite o el Flamenco on fire, o de nuevas propuestas en torno a las artes plásticas como Kultur o Landarte, bienintencionadas iniciativas para culturizar al agro navarro con una serie de misiones del arte contemporáneo en los pueblos. Esto es, ocio como cultura con ínfulas educativas, en realidad, puro consumo de turismo interno que se derrite como un polo bajo el sol veraniego...

Este enfoque es especialmente relevante en el ámbito del cine, como en la Film Commission, dedicada a aprovechar las posibilidades del paisaje y paisanaje navarro, gracias a la rebaja de impuestos (que no garantiza que se desarrolle la industria local, ni que apenas se vean sus localizaciones), mientras que el cine propiamente navarro de producción, brilla por su ausencia. En este ámbito preferimos mantener tal cual los proyectos de UPN, como Punto de vista, un exquisito festival de cine documental de dirección cambiante y, especialmente, una Fílmoteca desubicada y de anémica programación, cuya falta de seriedad se evidenciada en la reciente convocatoria para responsable de programación, que incluye esta atractiva oferta: "Salario: A valorar en función de la valía del/la candidato/a" (¿será legal este chiste laboral?). Cualquier cosa antes que ayudar directamente a la creación de nuestros/as cineastas o la consolidación de festivales independientes con ayudas significativas sin el férreo filtro burocrático que impera ahora.

No obstante, en honor a la verdad, hemos de constatar que este gobierno, se ha desembarazado en 2022, por fin, del disparate sanzista del Circuito de Navarra de Los Arcos, la piedra de molino del NICDO, ya que lo ha vendido a Motor Sport Visión por 7 millones de euros, en fin, solo la décima parte de lo que costó... sin que reviertan, obviamente, en Cultura.



## LA CULTURA AUTOGESTIONADA

De entre todos los elementos contrastables el que puede ser más sintomático del continuismo inmovilista es el de los espacios para la creación autogestionados.

La demanda histórica de gaztetxes, como espacios de cultura popular alternativa, fue reprimida sistemática y duramente durante los gobiernos de UPN tanto en Navarra como en Pamplona. Sin embargo, durante el primer gobierno del cambio en Pamplona, la okupación del Palacio de Rozalejo para convertirlo en Maravillas, como recuperación de la iniciativa del Euskal Jai, fue desalojada por la alcaldía de EH Bildu, cuya juventud era heredera de la 'cultura del gaztetxe'. Muy revelador. Al igual que el reclamo de un centro comunitario en el Casco Antiguo en Pamplona por parte de Cultura Prekaria (y el efímero colectivo Batera) junto con asociaciones culturales y vecinales, focalizado en el Palacio de Redín y Cruzat, el cual acabó convertido en Plazara!. Bajo la presión combinada y sucesiva del primer gobierno del cambio y del regresado de UPN este espacio, finalmente, acabó derivando en centro comunitario del Casco Antiguo, una suerte de civivox gestionado voluntariosamente por un grupo de asociaciones pero sin entidad, ni presupuesto, ni vida propia. Desde luego, nada que ver con Astra, el espacio autogestionado gernikarra, que un autobús repleto de funcionarios y activistas visitara en su día para inspirar como posible modelo...Paralelamente, en el ámbito de las artes, la plataforma Arte y Participación ya desde la época de UPN, demandaba un espacio de creación autogestionado, que acabó destilada en la propuesta de co-gestión de un ArtLab en el CACH (Centro de Arte Contemporáneo de Huarte).

Sin éxito alguno. La dirección de este centro de creación contemporánea, pese a la novedad inicial, en manos de direcciones privadas u oficialistas, resultó un fiasco, cuyo bochorno definitivo fue la exhibición fotográfica en 2013, Por los días felices, ¡obra de un poético procurador de desahucios! Durante los gobiernos del cambio se reestructuró el CACH como espacio de creación más que de exhibición habitual (lo que resulta cuestionable) y se abrió, bajo el impulso de las buenas prácticas, a un concurso público, resuelto con el nombramiento de una dirección colegiada de un equipo de gestoras y artistas. Un pequeño, aparente avance que, sin embargo, más allá de residencias y proyectos, permanece cerrada a la autogestión como práctica emancipadora del arte contemporáneo. Toda expectativa al respecto parecía bloqueada... Lo que prácticamente se desconoce, o ha pasado desapercibido, es un último intento en este sentido que acabó en un fracaso, quizá anunciado. Justamente, a partir de las propuestas de Cultura Prekaria, recogidas por Podemos en el primer gobierno del cambio, se inició una línea de exploración para implantar las llamadas "fábricas de creación" en Navarra en espacios públicos cedidos; la versión más edulcorada de un centro de creación autogestionado, pero presente en toda Europa, y en espacios cercanos de Euskadi y Catalunya.

Así, el Parlamento de Navarra aprobó en Octubre de 2016 la puesta en marcha de un Plan Piloto de Creación y Coordinación de Espacios Cogestionados y Autogestionados de la Creación Artística, Cultural y Participación Social. Se creó una suerte de comité, liderado por el entonces director de cultura, se destinó un presupuesto que sirvió básicamente para generar un extenso informe favorable a los espacios co-gestionados y autogestionados, concluido en 2017, que recogía experiencias europeas y en el Estado: Estudio sobre espacios de creación artística, cultural y de participación social.

Finalmente, se organizaron unas jornadas, las cuales impulsaron el prematuro cierre al proyecto porque se consideró -tácitamente- que el CACH, liderado por el joven nuevo equipo de dirección, ya cumplía vagamente el expediente en ese ámbito y, además, una fábrica de creación autogestionada podría rivalizar con el CACH. A continuación, el comité, simplemente, dejó de convocarse, sin mayores ni menores explicaciones: no habría fábricas de creación, Navarra no estaba preparada para tanto cambio en cultura. Geroa Bai le dio el pase foral a Podemos: se gastó inútilmente un dinero para un proyecto que, artera y deliberadamente, como estaba previsto, acabó en papel mojado. Pero un Podemos, envuelto en guerras intestinas, cada vez más débil, tampoco protestó... Ahí acabó el misterioso caso de los espacios de creación autogestionados promovidos con espíritu europeo desde las instituciones; la única oportunidad de cambio cultural radical en el ámbito público, vaya, que conocieron los tiempos del cambio y del recambio, del cambiazo en Navarra...

La clausura del ciclo cultural del 15M se topó con el inveterado dulce far niente navarro que del franquismo a la Transición, del primer gobierno del cambio al último, acunó la cultura en Navarra, susurrando un mensaje hipnótico: dejemos la cultura en paz, no se vayan a despertar los demonios...

En este sentido, cabe preguntarse: ¿las escasas pero voluntariosas iniciativas de espacios alternativos, condicionadas por la precariedad económica y bajo la tensión de pagar las hipotecas de sus locales, serán capaces de recuperar el sueño utópico de la autogestión?



## UN BALANCE Y UNA HIPÓTESIS

El balance es simple, rotundo y gatopardista: ha sido necesario que cambie todo (el gobierno progresista) para que nada cambie (tampoco en Cultura). En este sentido, ¿podría cambiar algo en un Departamento de cultura que en el primer año del cambio conservaba todavía el 80% del organigrama de cargos de libre designación nombrado por el gobierno de UPN?

La célebre foto del helicóptero del Gobierno de Navarra en la cumbre de San Donato durante el rodaje en 2009 de *Biutiful*, la película de Alejandro González Iñárritu protagonizada por Javier Bardem -la primera película beneficiaria de la Film Commission-, con toda la plana mayor de Cultura henchida de orgullo patrio, solo evidencia que la mayoría de responsables ha cambiado, pero que el nuevo organigrama sigue padeciendo como 'mal de altura' el endémico 'mal del funcionario': oropel y rutina, rutina y oropel...

La cultura en Navarra sigue su muelle costumbrismo: es un adorno que no forma parte del desarrollo económico en serio y por tanto un gasto superfluo asumido por decoro y con pesar por la administración, sea del color que sea. La intrahistoria de la cultura navarra de los últimos años así lo demuestra; los avatares económicos de iniciativas públicas o semipúblicas como la Escuela Navarra de Teatro, el Auditorio de Barañain, la Orquesta Sinfónica de Navarra, etc., así como de las becas y ayudas a la creación o a la edición, siguen una dirección errática y escasamente comprometida con su desarrollo, que nos derivan al amateurismo.

Ni si quiera la expectativa de recuperación vasquista, abandonada desde la guerra civil y alentada en el tardofranquismo, nos ha llevado a nada en el ámbito público. Una pizca más del rácido bilingüismo de la zonificación, Oteiza, el viejo de la Montaña, en el Alamut de Alzuza o el proyectado Museo de la Pelota Vasca... pero, por ejemplo, ninguna coordinación efectiva, como el fallido Órgano Común Permanente de los 90, si quiera cultural, con Euskadi e Iparralde. Un balance pesimista, sin horizonte: el oasis vasco-navarro, tenía en Navarra sus pozos secos, y sus palmeras culturales resultaron raquíticas... Después de semejante balance, la hipótesis, finalmente, no puede resultar más equívoca, confusa, incierta.

¿Será la causa de este inmovilismo continuista que en Navarra faltan las raíces culturales que cortó el franquismo carlista? ¿La divergencia provocada por la brecha cultural entre españolistas y vasquistas? ¿O más bien que el pacto entre élites socialdemócratas de los gobiernos del cambio (PSN socioliberal, peneuvista Geroa Bai, Contigo Zurekin domesticado, EH Bildu reformista) anula cualquier posibilidad regeneradora?

La marcha triunfante del capitalismo floral no necesita de relato emancipador ni de visión alternativa. La cultura, en este contexto, resulta prescindible pues, más allá del sector turístico (Sanfermines, Los Pirineos y el Castillo de Olite), no es nuestro producto estrella exportable y además puede alterar la pacificación cultural que ha traído el pacto progre. En nuestra próspera Comunidad foral, heredera de la folclórica y piadosa cultura franquista de la laureada y rendida a la media europea, sigue (y seguirá) viviendo cómodamente en su zona de confort: una aparente y eternizada hibernación.

La tensión de la cultura como derecho a la cultura o como recurso, no se ha resuelto. Navarra aparece así como epítome de la peor política cultural del desarrollismo franquista, heredada por las autonomías democráticas, que ni siquiera cree en la inversión en cultura, sino en mantener la cadena de la subvención. Y, en este contexto, las esforzadas iniciativas cooperativas o empresas políticas del sector cultural son, lamentablemente, la excepción que confirma la regla.



## »»»» ¿Y LAS PROPUESTAS?

¿Son necesarias las propuestas? ¿Tienen sentido en cultura, esa entidad evanescente que nuestro precario estado del bienestar acoge misericordiosamente? Se ha intentado durante la última década apelar a la participación del sector como el bálsamo de Fierabrás, que todo lo cura. Pero desde el Plan estratégico de Cultura de 2013 a la Pamplona, Capital Cultural de 2016, estamos escaldados.... Mientras el Consejo Navarro de la Cultura y las Artes siga nombrado a dedo por el gobierno de turno, cualquier iniciativa desde abajo gestionada por arriba, como todos esos preciosos procesos participativos en cultura (tantos, inútiles planes estratégicos como el último, previsto para 2024-2028) han acabado y acabarán en agua de borrajas (navarras).

Efectivamente, de la expectativa de la participación hemos derivado en el participacionismo institucional, fabuloso engaño, en el cual solo podemos volver a caer sin pecar de ingenuidad o de estupidez, si este Departamento fosilizado se abriera a algún tipo de cogobernanza real (y no como la que dispone, por ejemplo, la recién estrenada Asamblea Ciudadana Navarra del Cambio Climático). Pura fantasía...

El único consuelo de que en el corralito progre de Navarra la cultura institucional sea un erial tras un espejismo, es que la cultura verdaderamente alternativa, una contracultura viva, independiente e impugnadora, todavía en germen en ciertos sectores, mantiene latente su oportunidad de crear sus propias instituciones del común y el campo libre para la rebelión creativa.

El colectivo Cultura Prekaria dejó de existir durante del primer gobierno del cambio, entre otras razones, por enfrentarse al muro de la inoperancia institucional, incapaz de admitir si quiera 'críticas constructivas' y dispuesto a anotar una nueva 'lista negra' de díscolos y desafectos. Así, la cultura en Navarra no ha sido rescatada de sus males endémicos y sigue siendo tan precaria como siempre. Como, especialmente, en la precariedad más absoluta (y conveniente), siguen los trabajadores y trabajadoras de la cultura: pintamonas, comiqueros, titiriteros, poetrastos, dantzaris, rockeros, gaiteros, maquetadores, videoartistas, monitores y demás precariado cognitariado variado (¡vaya panda de perroflautas!): el sector más desregulado de nuestra economía (solo un poquito por encima de las kellys y limpiadoras latinas, pero por debajo de su nivel de sindicación), formado por sumisos 'autónomos dependientes' de las administraciones forales o municipales. ¡Imposible que conformen si quiera "la clase creativa" de Richard Florida! Apenas un informe ejército creativo de lumpenproletariado al servicio de este gobierno del cambio durmiente, narcotizado de éxito aparente.

Tras una década ingloriosa y prodigiosamente inútil en Cultura, esperamos, que la (in)kultura más radical vuelva por sus fueros y genere desde abajo, sin esperar una improbable agenda institucional, atisbos rupturistas como en su tiempo lo fueron la Escuela de Pamplona, la literatura en euskera o el Rock Radical Vasco...

A la Dirección General de Cultura del Gobierno de Navarra, regiamente también llamada Institución Príncipe de Viana (la misma que cada año concede el Premio Príncipe de Viana a venerables figuras amortizadas) tiene sentido que, bajo la advocación de la actual princesa, le cantemos aquello de los Sex Pistols en God Save the Queen: "Cuando no hay futuro, ¿puede haber pecado?".